

I. MUJERES Y SOCIALIZACIÓN

FEMINEIDAD Y SOCIALIZACIÓN

Olimpia López Avendaño

RESUMEN

Este artículo discute el tema de la femineidad a partir de la concepción Freudiana. El análisis se centra en definir si lo femenino corresponde a una determinación biológica o es más bien, una construcción histórica-cultural. Por otra parte, la posibilidad de una nueva perspectiva sobre lo femenino a partir de procesos de socialización en la que se promueva la igualdad entre los sexos.

ABSTRACT

The following article deals with a matter of femineity based on a Freudian perspective. In addition, the analysis attempts to establish if femininity comes from a biological conception or a historic-cultural construction. Furthermore, the article encourages the possibility of a new perspective of femininity found in a socialization process where gender equality is promoted.

INTRODUCCIÓN

En este artículo se trata el tema de la diferencia psíquica de los sexos, orientado por los siguientes objetivos:

1. Plantear la femineidad desde la perspectiva de Freud.
2. Discutir las consecuencias socioculturales de las diversas concepciones sobre lo femenino.
3. Analizar el papel de la cultura como elemento de legitimación de las diferencias de género.
4. Establecer las posibilidades de cambio desde procesos de socialización y educación.

El problema central en torno al que gira el análisis subyace en las siguientes preguntas:

¿Está "lo femenino" determinado biológicamente o es una construcción histórica-cultural desde los procesos de socialización?

¿Es posible la construcción de una sociedad en la que la mujer participe en un plano de igualdad y en la que no se la conciba como el Otro?

El desarrollo del tema se realiza a partir de los postulados freudianos sobre la femineidad. Posteriormente se compara con la perspectiva de diversas autoras feministas, tales como Simone de Beauvoir, Marta Larraín, Frida Saal, Graciela Rahman y Nelly Schnaith.

1. LA FEMINEIDAD EN FREUD

Este apartado se estructura a partir del análisis comparativo de dos obras en que

Freud trata la temática de la femineidad: *La Sexualidad femenina* de 1931 y *Nuevas Lecciones, Lección XXIII*, de 1932/1933.

En la primera de las obras, Freud analiza en qué consiste la femineidad y las diferencias psíquicas entre los sexos. Su argumentación se basa en los siguientes supuestos:

1. Existe una bisexualidad originaria en la constitución orgánica y psíquica de la mujer.
2. El desarrollo femenino pasa por dos momentos en los que ocurren mutaciones que orientan el tránsito a la femineidad:
 - Una fase pre-edípica en la que la sexualidad femenina inicialmente masculina, con el clítoris como centro de la actividad sexual, se desvía hacia la vagina.
 - Un segundo momento en que la madre, objeto del deseo inicial es sustituido por el padre, iniciándose el edipo femenino.

Debido a los momentos antes señalados es que Freud plantea que no existe paralelismo entre el desarrollo femenino y masculino. Por el contrario, reafirma la diferencia en la constitución psíquica entre los sexos.

Inicialmente el niño y la niña tienen como objeto de su interés a la madre y como rival al padre. Sin embargo, cuando el varón se da cuenta de la ausencia de pene de la niña, le invade el complejo de castración. Interpreta que a él puede ocurrirle lo mismo. Como consecuencia abandona su rivalidad con el padre e interioriza la figura de autoridad en un fuerte super-yo. Por otra parte, desvaloriza a las niñas y a la mujer en general.

Por su parte, la niña experimenta la envidia del pene ante la presencia del órgano masculino. Como consecuencia se visualiza como inferior, lo mismo que a su madre y a las mujeres en general. Su vida está marcada por este sentimiento que la acompaña siempre. Por otra parte, abandona a la madre como objeto y dirige su atención hacia el padre. Esta etapa de la vida de las mujeres puede realizarse por tres vías: abandono de

la sexualidad, una masculinización, o la consolidación del padre como objeto.

La superación de la fase pre/edípica, descubierta según Freud, por psicoanalistas femeninas, provoca celos y rebeldía ante la represión materna, cuando fue ella quien la inició en el camino de la sexualidad. La niña experimenta sentimientos ambivalentes. Por otra parte, le reprocha a la madre no haberla dotado de un pene ni amamantado suficiente (especie de codicia de la libido o racionalización de la hostilidad).

La fase pre/edípica cambia de activa a pasiva. Inicialmente es pasiva dada la preeminencia del clítoris como fuente de placer, mientras que el desvío de la atención hacia la vagina enfatiza la pasividad.

En la Lección XXXIII, Freud matiza esta posición, considera inapropiada la dicotomía pasivo/activo que se origina en el dinamismo del espermatozoide y del coito animal, sobre todo en la actividad del macho de la especie. Sin embargo, señala que muchas veces la hembra, en unas acciones aparentemente pasivas requiere gran actividad, de ahí el que no se deba generalizar esta diferencia entre machos y hembras. Además, la pasividad corresponde más a asuntos de índole cultural. Sin embargo, en forma contradictoria a lo que explica, indica que la libido nunca podría ser femenina, sino masculina. Con ello reafirma lo que está cuestionando, sobre la discusión de lo activo asociado al macho y lo pasivo a la hembra.

En la Lección XXXIII, Freud radicaliza sus argumentos sobre la inferioridad femenina, incluso en forma hiriente y errática. Por ejemplo, considera a la mujer, un hombrechito en su fase inicial pre/edípica. Y, aunque menciona que las niñas son más vivaces e inteligentes que los niños, hace caso omiso de ello para reafirmar la superioridad de super yo del niño y la debilidad moral de la niña. Enfatiza que el pre/Edipo se resuelve con odio hacia la madre, con celos y envidia, de ahí que esos sentimientos acompañen a la mujer a lo largo de la vida. La búsqueda del envidiado pene lleva a buscar al padre y luego un hijo. Así, el hijo es el sustituto del pene. Para equilibrar sus

minusvalías la mujer valora en exceso su belleza, y hace uso de la vanidad en una especie de narcisismo exagerado.

En síntesis la femineidad para Freud es sinónima de deseo del pene y esta carencia es la causante de la escasa participación de la mujer en la historia. En una especie de arranque de locura afirma que sólo pudo aportar el desarrollo del hilado debido a su experiencia en tejer su vello púbico.

Castrando a la mujer históricamente Freud señala la no resolución definitiva del Edipo. La condena al fracaso matrimonial si no logra convertir al marido en su hijo, que como de todas formas es socialmente atractiva para el hombre y socialmente deseada. La mujer experimenta regresiones a esta etapa, en un doloroso camino que finalmente agota la libido. De ahí que a los 30 años una mujer esté acabada, mientras el hombre muestra gran energía y vitalidad, según Freud.

Para volver más espinoso el camino hacia la superación del Edipo femenino, Freud señala como la hija odia a su madre. De tal forma que su fracaso es como madre, esposa y mujer. Por su parte, el hombre logra trascender del Edipo a una conciencia moral fuerte que le prepara para hacer la historia y la cultura. Sin embargo, permanece atado en cierta forma a la madre. Por ello es necesario que la esposa cumpla esta función para el éxito matrimonial.

Recapitulando se puede indicar que la mujer desde esta perspectiva es un ser castrado física, moral e intelectualmente (si es profesional es porque quiere ser hombre).

En realidad la obra freudiana es un canto a la bisexualidad, dado que si la mujer es un ser inferior desde todo punto de vista, ¿cómo podría ser atractiva al hombre y construir felizmente, una vida en común?

El planteamiento del autor da la impresión de un autoanálisis inconsciente, en el que se proyecta el odio a la mujer, a su madre, la esposa y la suegra. Puede también adjetivarse como una apología al macho, desde una justificación de corte biologicista y psicologista. La Lección XXXIII está escrita en lenguaje peyorativo y machista. Solamen-

te recordemos los epítetos que adjudica a la mujer: enigma, sin aporte a la historia, conflictiva, vanidosa, narcisista, masoquista. Y para completar su origen es bisexual y su actividad psíquica inicial masculina.

El planteamiento sobre la femineidad pretende ser científico, sin embargo, deviene en ideología, dada la carga de prejuicios que contaminan la visión de mundo de Freud en torno a la mujer. No es capaz de trascender los prejuicios de su época, a pesar de que sí lo hace al plantear la sexualidad con amplitud.

El aparato psíquico así planteado resulta ahistórico, desvinculado de la realidad cultural. Freud desoye sus propias ideas sobre la influencia cultural en la psique femenina y retoma y profundiza los prejuicios de la época y los propios.

Por otra parte, justifica por tres vías la masculinidad del clítoris: clínica (por las fantasías de las mujeres), biológico e ideológico (pasivo/activo).

En síntesis podemos indicar que encierra la femineidad en un determinismo natural.

Pueden señalarse como aportes de la obra de Freud el plantear la diferencia psíquica entre hombres y mujeres. Pretende analizar científicamente la vida sexual y plantear la sexualidad como algo más que lo meramente biológico.

Freud no pudo visualizar que en el marco de la cultura en que analiza la femineidad, la mujer produce bienes para la esfera doméstica, mientras que el hombre lo hace para la vida pública. De ahí, que la primera producción resulte invisible. Tampoco pudo acoger con fuerza las diferencias culturales y educativas en que se desarrolla la mujer desde niña y que permiten o no la expresión de lo biológico. Por otra parte, resulta censurable su monismo fálico y su interpretación de la mujer desde el hombre.

Desde la Genética podría objetársele el que el saber inconsciente no puede ser transmitido por herencia, por tratarse más bien de un carácter adquirido y no innato. Más bien da la impresión que el inconsciente se construye mediante factores sociales.

Finalmente cabe acotar que en estas obras Freud retrocede en relación con sus planteamientos en *La Nerviosidad Moderna*. En esta última, la moral sexual es analizada fuertemente en relación con elementos culturales, con la socialización y la represión que conduce a la neurosis. Lamentablemente sus aportes para comprender la psique femenina en la actualidad y trascender los problemas de la cotidianidad femenina, resultan limitados.

2. LA REACCIÓN FRENTE A LOS PLANTEAMIENTOS FREUDIANOS

2.1. La mujer como el otro

Simone de Beauvoir, en su obra *El segundo sexo*, plantea que desde Aristóteles hasta Freud la inferioridad femenina ha sido la tónica en los escritos filosóficos y de otra naturaleza. Freud define lo femenino desde el hombre, aspecto que le impidió plantear en toda su originalidad y desde una perspectiva menos castrante, la libido femenina. Al plantear el Edipo masculino y su superación como más corto y efectivo que el femenino, deja establecida una desigualdad inevitable.

Por tanto, históricamente la mujer se define como el Otro. En este marco es posible pensar al hombre sin concebir a la mujer, pero no lo contrario, pensar a la mujer sin tener como referente al hombre. De esta forma la mujer deviene en un segundo sexo, devaluado e inferior. Ello ocurre aún en las épocas en que la figura femenina ocupa un lugar preponderante en la estructura familiar y comunal. Su centralidad es relativa, dado que "era venerada en la medida en que el hombre se hacía esclavo de sus propios temores, cómplice de su propia impotencia, le rendía culto en el terror" (s.f.p.100). De tal forma que desde su perspectiva, dada la capacidad de destruir sus ídolos que tiene aquel que los construye, el hombre coloca a la mujer en una situación de privilegio y luego, en una etapa de desarrollo posterior, menos religiosa y mítica, la subordina.

Por su parte, la misma mujer no ha podido plantearse una relación de reciprocidad,

ni cambiar la realidad, a pesar del poder que le confiere la dependencia biológica del macho hacia ella. Por el contrario, según Beauvoir, parece que se complace en ser el Otro. Al respecto señala:

"La mujer no se reivindica como sujeto, experimenta el vínculo que la sujeta al hombre sin plantearse la reciprocidad... si la mujer se descubre como lo inesencial, que nunca vuelve a lo esencial es porque ella misma no opera esa vuelta" (s.f.p.15).

¿Cómo se construye el Otro? Desde su perspectiva toda colectividad para definirse coloca a lo Otro enfrente de sí. Al hacerlo, define lo esencial por el Otro, al que enajena y convierte en objeto, en lo inesencial. A su vez, el sujeto que provoca el proceso también se enajena y la angustia de su libertad lo conduce a buscarse en las cosas. El hombre se busca a sí mismo en el otro femenino:

"el sujeto tiende a la enajenación, la angustia de su libertad conduce al sujeto a buscarse en las cosas, lo cual es una manera de huir, es una tendencia tan fundamental que inmediatamente después del destete cuando está separado del Todo, el niño busca captar su existencia enajenada en los espejos y las miradas de sus padres" (s.f.p.71)

Por otra parte, el pene resulta apropiado para que el niño lo experimente al mismo tiempo como algo propio y ajeno de sí. Por ello le sirve para que por medio de él integrar a su individualidad la vida que le desborda. De ahí su orgullo por el tamaño del órgano, la distancia a que es capaz de llegar el chorro de la orina y otros más. El falo representa la trascendencia.

De ahí que la envidia del pene señalada por Freud como un fenómeno de origen biológico que acompaña a la niña a lo largo de su vida, es visualizado por Beauvoir en forma simbólica. Desde su perspectiva, más que una determinación biológica e innata, se trata de un elemento construido en el marco

de la cultura. Así, lo que el falo representa es el medio para alcanzar los privilegios que ella también desea obtener. De tal forma que si las condiciones desiguales desaparecieran la envidia del pene no tendría razón de ser:

“El falo representa carnalmente la trascendencia, como también es constante que el niño se sienta transcendido, es decir frustrado en su trascendencia, por el padre, se encontrará, por tanto, la idea freudiana de “complejo de castración”. Privada de ese alter ego, la niña no se enajena en una cosa que se pueda tomar, que no se recupera, por donde es conducida a hacerse del todo objeto, a plantearse como el Otro” (s.f.p.70).

Continúa indicando que:

“El falo adquiere tanto valor porque simboliza una soberanía que se realiza en otros dominios, si la mujer lograra afirmarse como sujeto inventaría equivalentes del falo: la muñeca en la cual se encarna la promesa del hijo puede convertirse en una posesión más preciosa que el pene” (p.70).

Dado lo anterior, la autora concluye que el psicoanálisis no podría abordar las verdades en torno al tema, fuera de un contexto histórico.

Sin embargo, Beauvoir no pretende negar las diferencias entre niños y niñas. Reconoce que existe una diferencia importante entre la anatomía masculina y femenina que limita la función social de la mujer, la que finalmente se agota en su entrega a la especie, más que en la superación del complejo de Edipo. Menstruación, menopausia, embarazo y otros fenómenos similares hacen de la hembra un ser que se desgasta tanto física como psicológicamente. Sin embargo, el ser humano tiene la posibilidad de trascender el mundo de la cultura y de construir uno mejor. De ahí que sea necesario el rechazo al monismo biológico de Freud. En realidad los seres humanos son hembra o macho si se

experimentan como tal. Por tanto, el cuerpo de la mujer es un elemento que explica su situación en la cultura, pero no basta para definir la femineidad. La conclusión de Beauvoir sobre este tema es que la biología no explica porqué la mujer es el Otro, por tanto, Freud no puede sostener su explicación sobre la femineidad:

“Una sociedad no es una especie: en ella la especie se realiza como existencia, ella se trasciende hacia el mundo y el porvenir, sus hábitos no se deducen de la biología, los individuos no son abandonados jamás a su naturaleza, obedecen a esa segunda naturaleza que es la costumbre, en la cual se reflejan los deseos y temores que traducen su actitud ontológica... El sujeto adquiere conciencia de sí mismo y se cumple solo como cuerpo, como cuerpo sujeto a determinadas leyes y tabúes, se valoriza en nombre de ciertos valores” (s.f.p.60).

Esta cita deja clara la posición de la autora sobre la preeminencia de los procesos de socialización y de los valores culturales en la construcción de las categorías femenino o masculino. También deja abiertas las posibilidades del cambio sobre la supuesta inferioridad femenina, dado que es tarea humana la construcción de la cultura.

2.2. La diferencia: Una perspectiva de análisis de la femineidad

Desde el feminismo actual Marta Lamas (1991), enfatiza el tema de la diferencia de los sexos. En su criterio, la importancia de ello radica en que la diferencia entre mujeres y hombres deviene en desigualdad, y esto se ha justificado mediante determinismos biológicos. De esta forma la biología se usa para sustentar la inferioridad femenina como esencial y no como un elemento de índole cultural. Sin embargo, el género es una construcción social. De esta forma las diferencias de carácter anatómico son interpretadas en la

cultura asignándoles un sentido concreto a cada una de ellas lo que define los roles femenino y masculino. Según la autora esto se debe a que:

"El pensamiento humano no "refleja" la realidad, sino que la "simboliza" y le inventa un sentido que, a su vez, organiza y legitima ciertas acciones y relaciones sociales" (Lamas y Saal, 1991, p.7).

De este modo, las diferencias anatómicas devienen en diferencias psíquicas —en lo que coincide con Freud— pero también sociales y políticas.

De este modo la femineidad es una construcción subjetiva que se elabora en los intercambios sociales y se interioriza en el inconsciente. En ello radica la importancia del psicoanálisis, como un medio para analizar el proceso de cimentación de los géneros, especialmente del femenino.

En síntesis, la autora apunta a una valoración de la cultura más que a los elementos de carácter biológico. Ello redundaría en una mayor posibilidad para el cambio ideológico-cultural en torno a la femineidad al liberar a la mujer de la prisión anatómica y por tanto psíquica en que la subsume Freud y en que se fundamenta la cultura patriarcal.

En la misma línea de argumentación ya señalada Frida Saal indica que:

"La diferencia anatómica (entendida como presencia o ausencia de pene) aunque tempranamente percibida por el niño, no se hace significativa para él hasta después de la incidencia de la amenaza de castración. Amenaza de castración proveniente del orden simbólico que, resignificando la anatomía, da relevancia y organiza retroactivamente (*aprescoup*) a la percepción. Así, la percepción no es un dato primero, derivado directamente de la anatomía, sino que es una consecuencia de la organización significativa de la que la sexualidad depende: el complejo de castración" (1991, p.11).

La autora va más lejos al señalar que el malestar que genera esta diferencia entre sexos tiene mucho que ver con la producción cultural, porque a partir de ella se organiza el deseo y la producción misma. Así, la menor participación de la mujer en la construcción de la historia y la cultura es más un problema de la desigualdad social que de su estructura biológica o psíquica.

Al igual que Beauvoir, considera que la preeminencia del falo corresponde al espacio de lo simbólico y de una cultura que ha considerado valioso sólo a uno de los órganos sexuales.

Coincide también en que se requiere la especularidad para que el ser humano unifique lo fragmentado de sí mismo, la carencia inherente a la castración, que conduce a la búsqueda de la completud. En este sentido, asigna al deseo por el otro un papel fundamental. El otro es necesario. Sin embargo, esto no debe ser punto de partida para la desigualdad. Por el contrario, sería condición necesaria para la unidad de ambos sexos.

En su criterio, la castración conduce a una lucha de los sexos por los hijos, en un afán de reafirmación de cada uno de ellos. Por tanto, la familia y la sociedad tienen un origen falocéntrico. Por ello señala:

"Los hombres quieren apropiarse de los hijos y para ello tratan de asegurar su dominio sobre las mujeres, entendiendo que éstas les pertenecen de acuerdo con la promesa edípica, pero también las mujeres se aferren a la promesa y se niegan a entregar a los hijos. La lucha de los sexos se centra en la lucha por los hijos. Lucha por un poder imaginario de consecuencias mortales para todos... es lucha por un falo imposible que ninguno tiene, ni es, ni puede ser... Con razón se ha dicho que la cultura y la familia son falocéntricas. Siempre y cuando estemos de acuerdo en que el falo es el significante de la castración, de la carencia, de lo que no hay y, sólo así el falo es el centro, porque lo que no hay promueve..." (1991, pp.27-28).

Sin embargo, señala, esto no justifica la falocracia, es decir, la estructuración jerárquica en el seno de la familia, que conlleva una distribución vertical del poder y la autoridad. Tal falocracia, existente en la sociedad a lo largo de la historia sobrevalora la actividad masculina y minimiza la de la mujer. Así expresa:

"Si el falocentrismo es la relevancia del significante fálico en relación con la castración simbólica, la falocracia emana de un orden totalmente distinto, es la manera en que la diferencia se organiza como apropiación diferenciada de privilegios y poderes. De la diferencia se deriva un ordenamiento jerárquico de dominación y sumisión" (Saal, 1991, p.28).

En su criterio, la cultura falocéntrica no tiene que ser necesariamente falocrática. El sentido simbólico del falo conduce a visualizar este fenómeno como de origen cultural y por tanto modificable, mediante la instauración de relaciones diferentes en el seno de la familia y de la sociedad. Esto es posible porque no se puede señalar ninguna diferencia esencial entre los géneros.

Con una perspectiva similar para Graciela Rahman, la anatomía es una arquitectura muda, que cobra sentido en las interacciones sociales: "la diferencia anatómica, en su pura materialidad, es una arquitectura muda, carente de significación" (1991, p.37).

Sin embargo, es optimista, porque tiene expectativas en relación con la posibilidad de cambio en torno a las diferencias discriminantes:

"Tal vez mañana el juego reinventará nuevos espacios ya que la frontera entre los sexos es una línea quebrada, brumosa, plural, abierta a las transformaciones" (Rahman, 1991, p.38).

Para lograr lo anterior se requiere:

"Abrir las ventanas de la palabra, refractarla como una luz sobre el prisma

del deseo para que despliegue su abanico de colores. Negarse a los sentidos únicos a los significados incuestionables que sólo sirven para garantizar el orden y la tranquilidad de las buenas consciencias" (Rahman, 1991, p.39).

Desde este punto de vista no hay una definición estática de mujer, porque el cuerpo depende de "cómo lo vive cada uno, depende de cómo te hayan mirado, depende de cada historia" (Rahman 1991, p.41).

Desde este enfoque se puede señalar que la socialización resulta fundamental para que cada quien viva su cuerpo sin minusvalía, ni sobrevaloración del otro. El cambio radica en las interacciones humanas, en la educación desde la familia y la sociedad como totalidad.

En la misma línea de análisis Nelly Schnaith asume que "la mujer es una idea cultural y no un género biológico" (1991, p.43). Para esta autora, la idea de mujer resulta ser una convención social, la que lastimosamente, ha sido negativa a lo largo del tiempo. La mujer ha debido sufrir la marginalidad y el ejercicio del poder reductor del hombre. De ahí que la autora señale que:

"Se caería en un idealismo de poca monta al no reconocer la fuerza estructurante de las grandes convenciones culturales, casi siempre impuestas por los amos pero lo suficientemente poderosas y convincentes como para ser asumidas también por los siervos" (1991, p.45).

En forma similar al planteamiento de Beauvoir, Schnaith asevera que la mujer no solo ha sido marginada, sino que es poco lo que ha hecho para cambiar las cosas. Ello debido a que la dominación termina por interiorizarse, por incorporarse en la visión de mundo de cada quien.

Al tratar el tema de la liberación interior del individuo, Paulo Freire, el pedagogo brasileño aseveraba que este proceso pasa por la toma de consciencia del opresor que se lleva dentro. Esta reflexión es fundamental

es fundamental en el marco de los procesos socializadores que se señalaban con antelación, porque da pautas para el cambio necesario en torno a las diferencias sociales sobre los géneros.

Un aporte de gran pertinencia de la autora es el concepto de cultura que asume como "el acervo intelectual y espiritual de una nación o época en cuya esfera se gesta y proyecta la imagen decantada de la misma" (1991, p.50). Así, la cultura resulta el espejo en el cual una sociedad puede mirarse con espíritu crítico. En este marco, el concepto que se asume sobre la femineidad y más concretamente la mujer provoca actitudes e interacciones tipo amo-esclavo, reduciendo las oportunidades de desarrollo a las mujeres y confinándolas en un rol estrecho vinculado estrechamente a la maternidad y la familia, en detrimento de su participación en la construcción de otros ámbitos de la cultura. Sin embargo, la cultura como espejo al devolver imágenes negativas puede ser punto de partida para el cambio de perspectiva.

La autora retoma y discute con Freud al señalar que:

"El fantasma sexual constituido en los primeros años de la infancia, estructura el psiquismo y sus manifestaciones, tanto normales como patológicas, en torno a fantasías y contenidos imaginarios que convierten la vida individual del sujeto y la esfera cultural de la sociedad en una organización eminentemente condicionada por la realidad por la secreta interferencia de los símbolos" (1991, p.68).

Dado lo anterior, según Schnaith, en todas sus acciones el sujeto debe dar cabida a un mensaje latente, en el que se expresa el conflicto de energías a la vez fracasadas e irrenunciables. De acuerdo con lo anterior, lo imaginario desempeña un papel fundamental en el psiquismo humano. De ahí que cabe preguntarse si en realidad la diferencia biológica justifica la diferencia psíquica y ésta a su vez a la cultural. O si más bien, señala la autora, es posible invertir el orden de

los términos para empezar por la cultura y finalizar con la biología. Dados estos argumentos se pregunta: "¿no habrá más de imaginario que de natural en tal determinación?" (1991, p.69).

Por otra parte, considera que desde los conceptos de super yo y de inconsciente freudianos es posible analizar las relaciones de poder en general y los entretelones afectivos e imaginarios que en ellas subyacen. Sin embargo, es Hegel quien aporta nuevos elementos para el análisis al explicar las relaciones que se entablan entre el amo y el esclavo. En este caso es necesario recordar que el trabajo es el que permite la transformación de la realidad y la formación del sujeto. Por ello en la relación de dominación es el esclavo el que finalmente construye su propia interioridad, a través del trabajo al servicio del amo. Esto porque "el sujeto humano surge de una relación activa con el otro (la lucha) y con lo otro (el trabajo)" (Schnaith, 1991, p.72).

Ante lo anterior

[la] "educación del deseo humano... se cumple por este sometimiento a una ley exterior que al reprimirlo y canalizarlo lo emancipa de su inmediatez y le da forma para sí mismo y para los demás" (Schnaith, 1991, p.72).

Estos planteamientos hegelianos hacen recordar a Schnaith la construcción del super yo freudiano al interiorizar la autoridad del padre, a la vez utiliza a ambos autores para analizar las relaciones hombre-mujer desde la perspectiva del poder/dominación. Así, asume a Hegel para afirmar que desde sus espacios de dominación la mujer ha podido construirse y "quizá sepa hoy más que el amo de su posible libertad ya que sabe harto de su servidumbre" (1991, p.73).

Dado lo anterior, el esclavo puede invertir la relación, sin embargo, ésta es de naturaleza viciada porque se mueve en marcos de libertad restringida y debe expresarse por caminos desviados. De ahí que la única libertad posible se dé cuando se rompan los lazos de dependencia.

Desde esta perspectiva analítica, la autora ve en la neurosis femenina uno de esos caminos desviados. Por esto, deben modificarse las relaciones de poder con el objeto de propiciar los espacios de liberación y construcción de la libertad para ambos sexos. Dado que la opresión reduce a ambos.

DISCUSIÓN FINAL

Biología o cultura es el debate que se mantiene hasta la fecha para analizar los planteamientos de Freud en torno a la femineidad. Permanencia o cambio social, educación o predominio de la herencia son otras dicotomías que pueden abordarse desde el discurso psicoanalítico.

Freud, a lo largo de su obra se mueve entre ambos extremos. En su segunda tópica sin embargo, el peso de la cultura es determinante en su obra. A pesar de eso, al tratar el tema de la mujer, el inconsciente lo traiciona y se escapan sus prejuicios en torno a la mujer, lo cual, lo conduce a tratar de demostrar la diferencia entre los sexos y la inferioridad femenina. El momento en que escribe las *Lecciones*, por ejemplo, parece influir sobre sus afirmaciones, dado que es, en ese momento, un individuo enfermo, con problemas familiares, algunos en los que la mujer está involucrada.

La obra de Freud es polémica. Por una parte, reclama enfáticamente el peso de la cultura en el desarrollo pleno humano, el papel opresor de las instancias transmisoras de ideología como la religión y la educación, que confinan al ser humano a un constante malestar y a la búsqueda de escapes para mantener el equilibrio psíquico. Sin embargo, en el caso de la mujer, le niega las posibilidades de trascendencia, atándola a un Edipo sin solución. El hombre, en su teoría, hace uso de su capacidad de sublimar y de un super-yo robusto para escapar al temor a la castración y poder desarrollarse como individuo y dirigir su interés a un objeto externo con quien encauzar las fuerzas pulsionales. Sin embargo, al condenar a la mujer al fracaso, Freud condena también al hombre,

dado que las relaciones desiguales opresor-oprimido no resultan beneficiosas para ninguno de los sexos. Sin desearlo Freud plantea la profundización del malestar cultural más que su superación, su denuncia por el sufrimiento humano queda sin salidas en una sociedad integrada por hombres y mujeres. Y, el psicoanálisis como espacio para el encuentro y la develización de lo latente y simbólico que encarcela al individuo deviene inútil para el cincuenta por ciento de la población del mundo: las mujeres. Esto resulta paradójico, cuando son las mujeres pacientes de Freud y las psicoanalistas (masculinas según él) las que aportan elementos empíricos que le permiten elaborar su impresionante construcción teórica sobre la psiquis humana.

A lo largo de su obra Freud parece darse cuenta de sus prejuicios, e intenta reivindicarse. Pero la fuerza del inconsciente es superior y se imponen los prejuicios. Tal es el caso de la discusión que entabla en torno a lo pasivo/activo en la sexualidad, para señalar la falta de pertinencia al calificar lo femenino como pasivo. Sin embargo, páginas y hasta párrafos después de algunos escritos, vuelve a recalcar la inferioridad femenina y a justificarla con la naturaleza del camino femenino hacia el Edipo.

Freud enfatiza la diferencia anatómica y psíquica entre los sexos, lo que podría considerarse un aporte, retomado por algunas feministas (Saal, Lamas, Schnaith, entre otras). Sin embargo, la descontextualización del problema y el abordaje ahistórico que hace de la femineidad resulta inaceptable en el autor del *Malestar en la cultura* y de *la Nerviosidad moderna*, por citar algunos de sus escritos. Esto, porque aunque finalmente la biología predomina en sus conclusiones, sus aportes sobre lo aplastante que resulta la cultura para el ser humano es uno de sus mayores aportes. Lo que no pudo ver es que esos mismos elementos y no el problema edípico son los que conducen a la mujer a la "envidia del pene" como símbolo de poder y privilegios, como dirían Beauvoir y Saal.

Afortunadamente, como todo aporte científico, Freud es punto de partida para una elaboración teórica más vasta y profusa

sobre la femineidad. El Otro, como interlocutor que permite construir la individualidad es hoy visualizado no como el enemigo con quien no queda más camino que vivir en sufrimiento, sino como aquel con quien se puede interactuar en un plano de igualdad. Sin embargo, es necesario trascender la teoría e incursionar con más fuerzas en los espacios de la práctica, en la vida cotidiana, en los valores que integran las visiones de mundo de los individuos. Realizar el inventario, como diría Gramsci, para determinar los "retazos" ideológicos que la discriminación de género ha dejado como residuo en el inconsciente individual y colectivo.

De ahí que sea necesario volver los ojos a la cultura, como fuente y espacio de producciones de sentido humanas, para modificar las formas negativas de pensar y de vivir lo femenino. Esto se justifica porque como declara Beauvoir, la biología no explica porque la mujer es el Otro, el segundo sexo. O bien como afirma Rahman para que se supere la perspectiva que plantea el cuerpo como arquitectura muda, que no vive una historia, que no expresa la interacción con la cultura.

Por otra parte, es necesario aclarar que el complejo de castración, como carencia simbólica del falo, también deriva de una construcción cultural. Ese falo que representa y legitima relaciones de poder desiguales. Beauvoir es quien advierte sobre este problema. Sin embargo, no elabora con la suficiente profundidad la temática del poder. Pero, sí lo hace con gran propiedad Frida Saal. Desde su perspectiva la desvalorización de la mujer es también anatómica, dada la prevalencia del falo en la cultura. Esto condujo a que se desarrolle una falocracia que acompaña al falocentrismo. La falocracia legitima las relaciones verticales de poder típicas de la sociedad patriarcal. Falocracia que genera relaciones disfuncionales para las interacciones humanas. El verticalismo genérico en la estructura familiar o en cualquier ámbito cultural no facilita procesos de comunicación, la creatividad o el trabajo conjunto entre los sexos. Por el contrario, facilita relaciones de explotación, la mala utilización de los talentos y posibilidades individuales. Por otra parte, como el oprimido no está muerto,

puede reaccionar utilizando mecanismos de manipulación, hipocresía, envidia y otros más. Hay que recordar que algunos de estos comportamientos fueron atribuidos al comportamiento femenino por Freud. Pero les dio una explicación biológica y no las entendió como producto de relaciones jerarquizadas, donde la mujer ocupa el plano inferior. De ahí que se pueda aseverar que la falocracia resulta negativa tanto para hombres como para mujeres.

Resulta pues, necesario para intentar introducir cambios en la realidad social actual, sociedad predominantemente neurótica, iniciar procesos educativos, de socialización y resocialización tendentes a reivindicar la femineidad y a revisar en general las perspectivas de género. Esa femineidad que hoy se vive con el lastre de la historia pero que no es necesario continuar reproduciendo. Para ello se requiere una educación no confinada a centros especializados, aunque no los exime, sino que se viva en la sociedad como totalidad, para preparar el escenario adecuado al que los niños accedan al asomarse por la ventana de la vida al mundo de la cultura. Un escenario donde haya espacio para un nuevo imaginario, donde la femineidad se visualice con respeto, donde las interacciones humanas se funden en la consideración mutua, donde no exista el Otro como inferior, sino como complemento. Un escenario con espacio para crear nuevas perspectivas, como manifiesta Schnaith. Para ello es necesario al inventariar la realidad social mirarla con espíritu crítico. Pero también debe haber crítica en la búsqueda de aquello que realmente se es, lo que se vive y cree. Una revisión de los mecanismos inconscientes que influyen en los comportamientos y que aprisionan la consciencia. La toma de consciencia liberadora requiere de la creación de espacios para el diálogo y la reflexión entre géneros. De lo contrario podría propiciarse la pugna sin sentido o el consentimiento conservador e indiferente. Finalmente cabe decir que la recuperación de una concepción renovadora sobre la femineidad y su contraparte la masculinidad, requiere el abandono del dogmatismo, del cientificismo, o bien del culturalismo para

visualizar al ser humano en toda su riqueza física, psíquica y biológica.

BIBLIOGRAFÍA

Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno. s.f.

Chorodow, Nancy. *Feminismo y teoría del psicoanálisis*. U.S.A. Universidad de Yale, 1989.

Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1971.

Lamas, Marta y Saal, Frida. *La bella (in)diferencia*. México, 1991.

Olimpia López Avendaño
Escuela de Administración Educativa
Universidad de Costa Rica
olopeza@cariari.ucr.ac.cr